

+ APUNTES SOBRE LAS TEORIAS DE LA POBLACION

+ Por el Dr. LEON IRACI

EL MERCANTILISMO

En una exposición de carácter económico de las doctrinas de la población, hay que prescindir casi por completo del pensamiento antiguo y de la Edad Media.

Los siglos hasta el XV-XVI pertenecen a la prehistoria del pensamiento económico, y si es muy importante buscar en ellos anticipaciones e intuiciones de las teorías económicas futuras, de otra parte sería inútil tratar de hallar un pensamiento económico consciente en una época en que el desarrollo de la vida económica no ofrecía la base material para eso.

Como es conocido, un conjunto de consideraciones económicas algo consecuentes —aunque no formalmente una teoría general— se encuentra por primera vez en el mercantilismo.

El mercantilismo es el pensamiento económico de la época de acumulación primitiva. De estas condiciones objetivas se desprende también su teoría de la población. El capitalismo que se está afianzando, en las mismas entrañas de la sociedad feudal, necesita fuerza de trabajo abundante y barata, eso es una población numerosa. El "hambre de población" característica de los mercantilistas, y expresada por ellos en formas tan extre-

mas, y hoy grotescas, tiene casi exclusivamente esta base. Sólo más tarde, y en límites reducidos, se puede hablar con referencia al mercantilismo, de un afán de población con objeto de aumentar la demanda. Esto se explica con el hecho que en la época considerada, la producción industrial es en general producción de objetos de lujo, destinados a capas dominantes reducidas y muchas veces al mercado exterior. La gran masa de la población vive todavía afuera del mercado, y un aumento de la demanda por parte de ella se busca más en su incorporación al mercado, en la presión —unas veces la coacción— hacia un consumo determinado, que en su aumento numérico.

Los mercantilistas sabían muy bien que una población numerosa significaba mayor oferta de trabajo, y por esto salarios más bajos y en general condiciones de trabajo más favorables a los empresarios.

Por esto en ellos el afán poblacionista se junta a la búsqueda de los medios que permitan concentrar, sacar de su vida precapitalista, incorporar a la producción capitalista, estas masas de población. Un episodio muy conocido de este proceso son los "cercamientos" (**enclosures**) de la Inglaterra de los siglos XV-XVIII, y en general pertenecen a este proceso todas las medidas de expropiación de la propiedad —individual y colectiva— precapitalista, expropiación que es inseparable de la acumulación primitiva (1)

Otro tanto puede decirse de los "repartimientos": ventas forzadas de productos europeos (a menudo totalmente inútiles para ellos) a los indios en la América Colonial, hecho descrito en las **Noticias Secretas** de Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

En la época del mercantilismo, la clase capitalista no sale del cuadro "económico-corporativo", no se erige todavía en representante consciente de los intereses generales y permanentes de la sociedad de su tiempo. Sus representantes ideológicos en el campo económico son —hasta mediados del siglo XVIII—

(1) Véase M. Dobb. **Studies in the Development of Capitalism.**

miembros prominentes de esta misma clase, "mercaderes", en el sentido que entonces tenía esta palabra.

Por esto, los economistas del mercantilismo no hablan en nombre de "intereses generales" sino en nombre de declarados intereses de clase, y en el aumento de población buscan, no un aumento de "bienestar general" sino un aumento de un fundamental factor de la producción. Aclarado esto se puede constatar que, en el conjunto, su análisis es correcto, constituyendo desde luego una aplicación de esa "ley de la demanda y de la oferta" que es uno de los más antiguos conocimientos económicos de la humanidad.

Ni hay que equivocarse por las expresiones de que ellos se sirven. Cuando los mercantilistas hablan de "interés del Estado" u otra parecida expresión, ellos se refieren conscientemente —como puede ampliamente comprobarse por el conjunto de su pensamiento— al interés de su clase, o del conjunto de las clases privilegiadas. Así se explica como puedan hablar de un interés público a la pobreza de la mayoría, que es uno de los conceptos explícita o implícitamente manifestados por la casi totalidad de ellos.

La "sociedad" puede enriquecerse gracias a la pobreza de la mayoría, porque los trabajadores no hacen parte de esta "sociedad" que, para los economistas de esos siglos, no representan sino las clases privilegiadas. Este concepto fué correctamente expuesto ya por Edwin Cannan, que aunque economista neoclásico, fué uno de los pocos en estudiar con actitud historicista la historia de las teorías económicas.

"La altura general de las retribuciones del trabajo" escribe (1) "es problema de gran interés, que tiene que haberse ocurrido al hombre medio antes de que la económica llegase a ser una rama especial de la ciencia y tiene que haberse discutido antes de inventarse una teoría de la distribución. Sin embargo, las

(1) Edwin Cannan *Repaso a la Teoría Económica*.—Fondo de Cultura Económica.—México.—Pág. 289-290.

discusiones que sobre el particular se han recogido no se remontan a la antigüedad. Si alguien se extraña de ello que se pregunte por qué no se interesa nunca por las causas que regulan los haberes de los caballos. Me figuro que contestaría: porque los caballos pertenecen a la clase de los animales inferiores y no forman por consiguiente, parte de la comunidad humana. No les dejamos que contraten con nosotros; no les queda más remedio que contentarse con lo que les damos. Si se declaran en huelga les damos latigazos, y si esto no les hace moverse en la dirección requerida los matamos y los convertimos en cuero y goma. Esta respuesta da a entender por qué no había teoría de los salarios, no sólo cuando el trabajo de los esclavos era la parte más importante del trabajo, sino durante mucho tiempo después de pasada esa época, cuando las condiciones materiales del obrero libre eran escasamente mejores que las del esclavo. Los pensadores y escritores veían al esclavo y al trabajador libre de un modo muy parecido a aquél en que nosotros vemos a los caballos, suponiendo sencillamente, como una axioma, que obtienen su subsistencia y nada más. Como hombres apenas contaban; igual que los caballos, se suponía que tenían que trabajar para otros que formaban la comunidad”.

Pero en los dos siglos del pensamiento mercantilista, la teoría de la población evoluciona bajo la influencia combinada del cambio de las condiciones objetivas y del desarrollo de la inteligencia subjetiva.

Al término del siglo XVI, la posición de Botero no es todavía consecuentemente mercantilista. Botero aboga sí por una numerosa población, pero tiene siempre en cuenta que sólo dentro de límites bien determinados este aumento de población es posible e inclusive, deseable. Su horizonte es todavía el de los Estados ciudadanos o regionales italianos, no el del estado moderno nacional en que los mercantilistas del siglo XVII verán la necesidad de un aumento de población prácticamente ilimitado.

La interacción de dos factores contrastantes, el poder generador de la especie humana y el poder nutritivo de los estados, descrita por Botero, ha hecho hablar de él como de un precursor de

Malthus, pero lo que los dos escritores tienen de parecido es mucho más exterior y ocasional de lo que podría parecer por las palabras.

La situación objetiva de que las dos teorías se desprenden y por eso su sentido real son completamente diferentes. Sería menos inexacto más bien conectar Botero con la tradición del pensamiento antiguo, la cual se desprende de condiciones objetivas análogas a las que todavía existían en la Italia de su tiempo.

Botero y Malthus se hallan a los dos extremos de la época mercantilista, el uno al comienzo de ella, el otro ya afuera. Entre la época y el mundo de Botero y la época y el mundo de Malthus, entre la Italia del siglo XVI y la Inglaterra de los últimos años del siglo XVIII, entre el estrecho mercado de la ciudad-estado y el horizonte mundial del Imperio Británico, hay la gran transformación del mundo moderno: el advenimiento del capitalismo, la época de la acumulación primitiva, los siglos de transición en que se preparan las bases de la revolución industrial.

El mercantilismo expresa las necesidades del capitalismo ascendente en esta época de transformación, la cual en el Occidente de Europa abarca más o menos los siglos XVI-XVIII. Es lógico que las necesidades de esa época, y por ende el pensamiento en que se expresan, se diferencian tanto de lo que las precede, como de lo que sigue en el tiempo: pero lo que hay de parecido entre la víspera y la mañana de una transformación irreversible no deja de ser puramente exterior, no es lo parecido que sale de una igualdad, o a lo menos analogía, de condiciones objetivas.

En lo substancial, y aunque teorizada con la formulación de los susodichos factores, la preocupación de Botero no deja de ser la que, menos conscientemente, se encuentra en todos los escritores "políticos" (en el sentido de entonces) de la ciudad-estado: política de abasto del mercado ciudadano, basada en la sujeción a ella del país llano.

La burguesía de las ciudades italianas, que había iniciado desde siglos el primer desarrollo del capitalismo europeo, se detiene en la fase corporativa y ciudadana, no llega a la incorporación del país llano en la producción capitalista, a la unificación

del mercado nacional. Lejos de esto, ni dentro de los límites de los reducidos estados regionales hay una unificación del mercado, a lo menos hasta el siglo XVIII: la destrucción de muchos estados ciudadanos y la formación de estados regionales: en la Italia de los siglos XV-XVI, ha procedido en gran parte como un proceso de unión personal, de sujetamiento de estados, más bien que de destrucción completa de ellos, eso es se ha producido sin la eliminación de las oligarquías de las ciudades sujetadas. Por ejemplo, sólo en la segunda mitad del siglo XVIII, la nueva dinastía de Lorena destruirá en Toscana la administración económica separada del territorio de Siena.

Por esto, si Botero bosqueja ya una teoría mercantilista de la población, este mercantilismo es incompleto y embrionario. El escritor italiano se preocupa, no de aumentar indefinidamente la población, sino de buscar los medios con que la población de un estado, una vez que haya alcanzado el máximo consentido por las circunstancias, pueda a lo menos conservarse en lugar de disminuir.

Estos medios son los mismos que por dos siglos constituirán el conocido programa mercantilista: introducción de manufacturas, estímulo a la inmigración de trabajadores especializados, prohibición a la exportación de materias primas, etc.

En todo el siglo XVII y buena parte del XVIII, las conocidas recetas poblacionistas de los mercantilistas se siguen con una perseverancia que parece monotonía.

Ya no hay los límites que todavía Botero ponía para un prudente aumento de población. Para el mercantilismo en su época de florecimiento, el siglo XVII, ya no hay duda que cuanto más numerosa sea la población, tanto mejor será la situación económica del país. Ya en el siglo XVI, Jean Baudin había dicho "jamás hay que temer que haya demasiados súbditos o demasiados ciudadanos, ya que decir fuerza y riqueza es decir hombres".

De hecho, las monarquías nacionales ya no adolecen de las dificultades de los pequeños estados italianos. Mun, Montchretien, Hornigk, Petty etc., repiten continuamente el consejo de medidas favorables al aumento de la población.

La actitud de clase de estos escritores es, en general, muy clara, especialmente en Inglaterra, que es el país que más consecuentemente adoptó y practicó una política mercantilista.

El argumento de que una mayor oferta de brazos había de bajar los salarios es repetida continuamente: así por el no bien identificado autor de *Britannia Languens*; por William Petty (que probablemente es la misma persona a la que aludimos) en su *Treatise of Taxes*, en *Political Arithmetic* y en otras obras; por William Temple (*An Essay upon the Advancement of Trade*) por Mandeville; por Mun (*England's Treasure*) etc. Unas veces este argumento se presenta en otra forma: que un aumento de población haría crecer el precio de las subsistencias, con lo que los trabajadores serían estimulados a una mayor actividad: sostienen esta tesis, por ejemplo, Temple y Petty.

Este último llega hasta a proponer una política "anticíclica" (en términos modernos) de almacenamiento de víveres con el objeto perfectamente opuesto al tradicional: en lugar de almacenarse trigo en los años de buena cosecha para tener una reserva cuando ésta sea mala, e impedir la carestía, este consecuente mercantilista inglés propone hacerlo para impedir el abaratamiento de la vida en los años de abundancia.

De hecho, se trata en todo caso de bajar los salarios reales, o disminuyendo los salarios monetarios, o aumentando los precios.

Sobre las consecuencias de un aumento de población hay, como hemos visto, completa unanimidad entre los autores mercantilistas.

No es lo mismo en lo que se refiere a las causas. El mercantilismo más antiguo insiste mucho sobre intervenciones directas: estímulo a la procreación, a la inmigración, etc. Pero ya a la mitad del siglo XVII aparece la tendencia a considerar decisivas las posibilidades de vida que el país ofrece: eso es la demanda de trabajo. Se insiste en que sería inútil estimular la natalidad, traer al país trabajadores extranjeros, etc., cuando las condiciones económicas no permitieran la sobrevivencia de una población más numerosa.

Ya en la posición de Monchretien, contraria a la inmigración de extranjeros, parece haberse la opinión implícita que cada país tiende a alcanzar la población que puede alimentar. Pero esta posición se halla explícitamente afirmada por Jasiah Child en su **New Discourse on Trade** (1.668) : una escasez de la población causa un aumento de salarios que a su vez hace posible un aumento de la población. Sin embargo Child no es consecuente con su afirmación cuando se opone a la colonización: es claro que si la población está determinada por la demanda de trabajo, la emigración no puede hacerla disminuir sino por muy corto tiempo, en cuanto la escasez de brazos causada por ella tendría por consecuencia un aumento de salarios, lo que estimularía el aumento de la población.

La misma posición de un desarrollo de la población determinado por su nivel de vida se halla por ejemplo en Charles Davenant (**Discourses on the Public Revenues**, etc.)

En Francia esta posición aparece en las últimas décadas del siglo XVII, en los economistas sostenedores de lo que fue llamado "mercantilismo liberal".

Vauban, por ejemplo, declara explícitamente (**Dîme Royale**) que mejores condiciones de las masas populares, como las que él pensaba se hubieran podido conseguir con un sistema tributario más equitativo y eficaz, habría tenido por efecto un aumento de población. Esta es también la opinión de Boisguillebert.

Esta posición, que se generalizará en el mercantilismo del siglo XVIII, contiene implícitamente la teoría clásica de la población, la misma que pasará a la historia bajo el nombre de Malthus.

Si la población tiene tendencia a crecer cuando apenas tenga posibilidades de vida, su crecimiento está limitado sólo por obstáculos, preventivos o represivos. Una época en que ya no hay escasez de población, y especialmente no hay escasez de oferta de trabajo, por haberse casi completamente realizado la expropiación de los productores, el mismo fenómeno se verá con otra perspectiva y el aumento de la población será considerado

como un peligro y no como el efecto deseable de una acertada política económica.

Cuando la transformación de las condiciones objetivas habrá cambiado el enfoque del problema, el poblacionismo será juzgado como un "error" contra el que polemizarán los economistas clásicos y neoclásicos.

Pero esto no constituye un error subjetivo de estos escritores; por lo contrario, responde a una necesidad ineludible del capitalismo ascendente.

En los estados nacionales, diferentemente de lo que pasaba en los pequeños estados italianos, la población no era muy densa. Además, se hallaba en gran parte inmovilizada por trabas feudales, no siendo por lo tanto disponible para el trabajo asalariado en la industria. Sólo un aumento de la población hacía posible una oferta suficiente de trabajo barato para las manufacturas (1).

Por lo tanto, la política de aumento de la población se completa lógicamente con la represión de la "ociosidad": eso es, el trabajo forzado.

Un siglo después, ya no se hacen las mismas propuestas.

Por una parte, el "hambre de población" del siglo XVII se ha saciado en parte por el aumento natural de la misma, y al mismo tiempo un más claro conocimiento de las relaciones de causa entre condiciones de vida y volumen de la población, hace que el aumento de la población se busque asegurándole un mínimo de posibilidades económicas más bien que insistiendo en medidas directas como el fomento de los matrimonios y de la inmigración.

Ya en el último año del siglo XVII (1699), Davenant ponía unas limitaciones al ilimitado aumento de población que hasta entonces se había ido pregonando. "Hay, escribía en su **"Essay**

(1) Véase E. F. Heckscher. **La Epoca Mercantilista**.—Fondo de Cultura Económica, México.—Págs. 603-614.

upon the Ballance of Trade" países en los que el completar de un modo pleno su población podría ser peligroso y conducir en años de cosecha mala y desfavorable, a duras crisis de hambre. Si, por ejemplo, Francia hubiese contado con el número de habitantes que el país era capaz de sostener en años de cosecha normal, la mitad de ellos habrían perecido por falta de pan en los últimos años de escasez" (1).

Aunque Davenant indica esta posibilidad sólo para el país enemigo, excluyéndola para el suyo, ya la hipótesis de una población excesiva queda en principio admitida. En el siglo XVIII se acepta generalmente esta posibilidad. Aunque una alta densidad de población se considere todavía deseable, ya no se trata de fomentar de cualquier manera su aumento numérico.

Esta por ejemplo es la posición de Cantillón, Steuart, Genovesi y otros mercantilistas del siglo XVIII.

Por lo que se refiere a Genovesi, hay que tener en cuenta que las condiciones objetivas del país en que vive, el reino de Nápoles, son notablemente diferentes de las que prevalecen en los países que ya en el siglo XVII habían adoptado una consecuente política mercantilista, como Inglaterra y Francia. En estos las diferentes formulaciones del mercantilismo dieciochesco, en relación con lo del siglo precedente, tienen su origen en la transformación de las condiciones objetivas no menos que en el refinamiento de la teoría; por lo contrario, en países en que no se ha aplicado, hasta comienzos del siglo XVIII, un mercantilismo eficaz, como en Italia y España, las diferentes formulaciones de los economistas son debidas de manera casi exclusiva a una más clara conciencia de las consecuencias de una política económica.

Así en lo que se refiere a la población, si en Genovesi no aparece el "hambre de población" de los mercantilistas del siglo XVII, esto ocurre porque el escritor napolitano se da cuenta de la imposibilidad de acrecentar la población de manera decidida

(1) Citado por Heckscher, obra citada, Pág. 609.

y permanente sólo estimulando, por ejemplo, los matrimonios y la inmigración, si no se da a esta población la posibilidad de vivir. Eso es, Genovesi se da cuenta de que el volumen de la población es, en último análisis, consecuencia de la cuantía y de la distribución de la renta del país, y de que, si se desea acrecentar la población, hay que influir sobre las causas que pueden permitir su aumento.

Por lo contrario, en el reino de Nápoles de mediados del siglo XVIII, las condiciones objetivas, en particular lo que se refiere a la población, no se habían modificado de manera importante, y se diferenciaban muy poco de las prevalecientes en la Europa del siglo XVII.

Condiciones objetivas semejantes prevalecen en España en la misma época. También en España en el siglo XVII no hubo una política económica consecuentemente mercantilista, debido a la debilidad y decadencia de las fuerzas capitalistas del país. En plena época mercantilista, España sigue exportando materias primas e importando productos manufacturados.

Por lo que se refiere a la política de la población, mientras otros estados tratan por todos los medios de fomentar la inmigración, la España de los Reyes Católicos expulsa a Judíos y Moros, y la España de Felipe III expulsa inclusive a los descendientes convertidos de esas minorías.

Asimismo, no hay en España ninguna limitación al aumento numérico del clero: aumento contrastado enérgicamente por la política mercantilista por motivos demográficos y, además, porque el clero católico, repartiendo limosnas, dificultaba la tendencia mercantilista de obligar al trabajo cuantas más personas fuera posible.

Sin embargo, hubo en España en el siglo XVII una literatura mercantilista; pero la clase que la expresaba no tenía la fuerza de imponer su programa.

Por ejemplo en la obra **De Rege et de Regis institutione** del Jesuíta Mariana, o en la **Idea principis christiani politici** de Diego Saavedra Fajardo; y así en muchas otras se propone una

política de la población consecuentemente mercantilista (1).

Sólo a comienzos del siglo XVIII se inicia en España una verdadera acción mercantilista; en una situación objetiva q' es parecida a la de otros países del Occidente europeo en el siglo XVII, pero basándose sobre el más claro conocimiento de la manera de actuar de las fuerzas económicas, que un siglo de especulación teórica y de experiencia política han proporcionado al pensamiento económico europeo.

Hallamos el reflejo de esta situación en los mercantilistas españoles del siglo XVIII. En su **Proyecto Económico**, Bernardo Ward escribe "...la población es el fundamento de todo; donde no hay hombres no puede haber cultivo, ni fábricas, ni comercio, artes, poder ni riquezas" (2). Pero después de esta declaración, no aconseja estímulos a la inmigración y procreación forzada, dándose cuenta de que el elemento fundamental que determina el volumen de la población está constituido por las posibilidades de vida, eso es, por la demanda de trabajo y por el incentivo al trabajo, que es tanto mayor cuanto la población sea más libre. "En todas partes por regla general, la población siempre será proporcionada a la subsistencia cómoda que hallen las gentes, y como ésta resulta del trabajo, donde no hay fomento para éste, precisamente ha de faltar aquélla. Para que esto se toque con la mano, cotejaremos uno de aquellos países (donde hay servidumbre) con otro de aquellos en que el vasallo es libre y trabaja para sí.

La Inglaterra tendrá como unas seis mil leguas cuadradas de terreno y cinco millones y medio de habitantes; éstos son to-

(1) Véase E. J. Hamilton.—**El Mercantilismo Español antes de 1700** en **El Florecimiento del capitalismo y otros ensayos de Historia Económica**. Edición Revista de Occidente.—Madrid 1948.—Págs. 187-208.

(2)—J. S. Herzog. **Tres siglos de pensamiento económico (1518-1817)**. Fondo de Cultura Económica.—México.—Pág. 126.

dos libres en sus personas y haciendas sin que el Rey les pueda quitar ni el valor de un real .

El imperio de las Rusias, contendrá más de cien mil leguas cuadradas, sin hablar de desiertos, con cosa de veinticinco a treinta millones de almas, y el soberano es dueño despótico de tierras, vidas y haciendas.

Pues ahora: las seis mil leguas de Inglaterra, cultivadas y beneficiados sus frutos por cinco millones y medio de hombres libres y propietarios, producen a su soberano cuatro veces más que las cien mil leguas y los treinta millones de esclavos al suyo" (1).

Por esto, Ward proponía de dar en propiedad a los Indios las tierras de la Colonia.

La tendencia del mercantilismo más reciente hacia una teoría de la población que se acerca a la de los clásicos, se puede observar de manera particular en la obra de Richard Cantillón, En el **Essay sur la Nature du Commerce en General** (2) la teoría de la población que se llamará malthusiana es explícitamente afirmada. Sólo no hay en Cantillón —y eso es reflejo de diferentes condiciones objetivas— la actitud pesimista sobre las consecuencias de un fuerte y continuo aumento de la población.

"Los hombres se multiplican como los ratones en una granja, si cuentan con medios ilimitados para subsistir". (3).

Para Cantillón la población está determinada por dos elementos: los medios de subsistencia y el nivel de vida acostumbrado en una sociedad determinada. El primer elemento, a su vez, depende en las sociedades primitivas, de la fertilidad de la tierra y de la manera de utilizarla, pero en el mundo de su épo-

(1) Id Pág. 135-136.

(2) Edición castellana: **Ensayo sobre la Naturaleza del Comercio en general**.—Fondo de Cultura Económica.—México.

(3)—R. Cantillón. Obra citada. Pág. 59.

ca lo considera determinado por la manera del vivir, y, por consecuencia, por la demanda de los terratenientes.

“Podríamos multiplicar todos géneros de animales hasta la cifra deseada, y aun al infinito, si se dispusiera, hasta el infinito también, de tierras adecuadas para nutrirlos. La multiplicación de los animales, no tiene otros límites que los medios más o menos abundantes que se destinan a alimentarlos. Indudablemente si todas las tierras se destinaran al mero sustento del hombre, la especie humana se multiplicaría hasta la cifra que estas tierras podrían sustentar, tal como seguidamente explicaremos.

No hay país donde la población se multiplique tan copiosamente como en China. Las gentes pobres viven allí, únicamente de arroz y agua de arroz; trabajan casi desnudas, y en las provincias meridionales levantan tres abundantes cosechas de arroz cada año, gracias al gran desvelo de sus habitantes por la agricultura. La tierra no descansa jamás y da, cada vez, más de ciento por uno; quienes cubren su cuerpo con vestidos, los llevan en su mayor parte de algodón, planta que exige tan poca tierra para crecer, que en un acre posiblemente puede producir la cantidad de algodón suficiente para vestir cinco personas adultas. Todos se casan, pues así lo manda su religión, y crían tantos hijos como pueden alimentar. Consideran como un crimen el empleo de las tierras para parques o jardines de placer, como si de este modo se arrebatara a los hombres la posibilidad de su sustento. Llevan a los viajeros en sillas de manos y ahorran el trabajo de los caballos en todo cuanto puede atenderse mediante el esfuerzo humano.

Su número es increíble, según las relaciones de viaje; sin embargo, están obligados a hacer morir a muchos de sus hijos en la misma cuna cuando no ven el modo de criarlos, conservando sólo el número de los que pueden alimentar. Mediante un trabajo rudo y obstinado extraen de los ríos una extraordinaria cantidad de pescado y de la tierra, todo cuanto se puede extraer de ella” (1).

(1) Obra citada, Pág. 50-51.

Por el contrario, en otras condiciones naturales y sociales, los indios del interior de América no pueden llegar a una población muy densa, porque viven de caza en los bosques.

Para la Europa de su época, Cantillón calcula que un hombre puede subsistir, en el nivel de vida más bajo, con el producto de un acre y medio de tierra, y con un mínimo de comodidad, con el de cuatro a cinco acres.

“Si los propietarios de tierras tuviesen en cuenta el aumento de población y se estimulara a los aldeanos a casarse jóvenes, y a tener hijos, con la promesa de proveer a su subsistencia, destinando las tierras solamente a esto, sin duda se multiplicarían hasta el número que las tierras pudiesen soportar, de acuerdo con los productos de las parcelas necesarias a las subsistencias de cada uno, ya sea un acre y medio, o cuatro a cinco acres por persona.

Pero, si en lugar de esto, el príncipe o los propietarios de las tierras los emplean para otros usos que el sustento de los habitantes. el número de habitantes disminuirá necesariamente. Algunos, por falta de empleo, se verán obligados a abandonar el país; otros, careciendo de los medios necesarios para criar a sus hijos, no se casarán nunca, y sólo lo harán en época tardía, después de haber ahorrado algo para sustentar su hogar”. (1).

Para Cantillon, como para Malthus, “las clases inferiores” tienen una extraordinaria propensión a casarse y multiplicarse.

“La mayor parte de estas gentes crearían muy a gusto un hogar, si pudiesen contar con el sustento suficiente de acuerdo con sus deseos; creerían perjudicar, en cambio, a sus hijos si los criarán para verlos caer en una clase inferior a la suya. No hay sino un reducido número de habitantes en un Estado que evitan el matrimonio por puro espíritu de libertinaje; todas las clases bajas no piden otra cosa que vivir y criar hijos que puedan por lo menos vivir como ellos. Cuando los labradores y artesanos no se casan, es porque esperan ahorrar lo suficiente para ponerse en si-

(1)—Obra citada.—Págs. 53-54.

tuación de constituir una familia, o de encontrar una muchacha que lleve a la misma una pequeña dote; y proceden así porque ven a diario muchos otros de su clase que, por no tomar las precauciones más elementales, forman un hogar y caen en la más espantosa miseria, viéndose obligados a privarse de su propio sustento para alimentar a sus hijos”.

Cantillon insiste sobre el hecho de que los trabajadores con familia están obligados a reducir sus gastos para mantener a sus hijos:

“Los trabajadores o artesanos, cuando disponen libremente de su doble porción, si son casados emplearán una para su propio sustento, y la otra parte para el de sus hijos. Si son solteros, dejarán de lado una pequeña parte de su doble porción, para ponerse en estado de matrimonio, constituyendo un pequeño fondo destinado a la adquisición del ajuar doméstico; pero la mayor parte consumirá la doble porción para su propio sustento. Por ejemplo, el trabajador casado se contentará viviendo a base de pan, queso, legumbres etc.; raras veces comerá carne; beberá poco vino o cerveza, no dispondrá sino de vestidos viejos o de mala calidad, que usará el mayor tiempo posible; el remanente de su doble porción lo destinará a la crianza y sustento de sus hijos; en cambio el trabajador soltero comerá carne siempre que pueda, se procurará trajes nuevos, y por consiguiente empleará su doble porción para el propio sustento, con lo cual consumirá en su persona doble cantidad de productos de la tierra que el trabajador casado”. (1)

LOS FISIOCRATAS

A pesar de su constante polémica antimercantilista, los fisiócratas no tienen una teoría de la población sensiblemente diferente de la del último mercantilismo. De hecho aceptan el análisis del mercantilismo más reciente sobre el mecanismo de la población, como también aceptan su moderado poblacionismo.

(1)—Obra citada.—Págs. 32-33.

Consideran que una población abundante es síntoma y causa de riqueza (entre estos dos conceptos, hay vacilaciones y confusión en su pensamiento, como en el de los mercantilistas) pero admiten que el volumen de la población depende del volumen y de la distribución de la renta nacional, esto es, de la demanda de trabajo.

De acuerdo con la actitud general de su sistema, insisten de manera particular sobre la influencia decisiva del estado de la agricultura y de la manera de vivir de los terratenientes, utilizando frecuentemente conceptos ya elaborados por Cantillon.

Con las mismas palabras de Cantillon, Mirabeau escribe que una especie animal se multiplica hasta el punto en que la detiene la falta de alimentos: también los hombres "se multiplican como ratas en granero si tienen los medios para subsistir".

También la posición de Quesnay, parece ser que la población está determinada por las posibilidades de vida, ejerciendo una continua presión sobre los medios de subsistencia. Esta es también la actitud de los otros fisiócratas, como Le Mercier de la Rivière, Dupont de Nemours, Turgot, etc.

LA ECONOMIA CLASICA

La transición de las posiciones del último mercantilismo y fisiocráticas a las de la Escuela Clásica, es efecto de una transformación de condiciones objetivas y de un cambio de punto de vista subjetivo.

Es conocido el importantísimo fenómeno de aumento y concentración de la población que ocurre en Inglaterra —país donde se formó la teoría clásica— en los años de la revolución industrial.

Ya el mercantilismo había dado todos sus frutos. Su misión histórica se había realizado.

Unificado el mercado nacional, realizada la expropiación de los productores, incorporada toda la población al mercado de las mercaderías y al mercado del trabajo, ya el poblacionismo del siglo XVIII no tenía razón de ser.

Ya no había escasez de población, eso es de trabajadores. La población había crecido muchísimo y seguía creciendo, habiéndose reducido la mortalidad, y desconociéndose todavía la técnica del control de la natalidad.

Pero especialmente, esta población trabajadora, ya era toda disponible para el trabajo asalariado. El campesino expropiado por los cercamientos, el artesano arruinado por la competencia de la nueva industria capitalista, ofrecen sus brazos y todos los brazos de su familia para el trabajo asalariado.

Se habían realizado los sueños más rosados de generaciones de mercantilistas. Durante dos siglos estos representantes teóricos del capitalismo ascendiente habían estado codiciando más población, más oferta de trabajo, oferta ilimitada de trabajo fuera de todas las trabas feudales y corporativas, trabajo barato, "súbditos baratos" como había dicho Colbert, trabajo de todos, hombres, mujeres, niños de la más tierna edad; trabajo de siempre, de todo el día, de día y de noche, de todos los días sin perder tiempo para fiestas religiosas.

Y ahora que el sueño se ha realizado ¿por qué los representantes de la misma clase que lo había acariciado por tanto tiempo, en vez de celebrar su triunfo, toman una actitud pesimista y se desesperan frente a la perspectiva de un rápido y continuo aumento de población?

La burguesía de la revolución industrial ya no es la burguesía de la época mercantilista. En los siglos del mercantilismo la burguesía no rebasaba de una conciencia limitada a sus intereses corporativos. Quería aumentar sus ganancias, quería inclusive transformar según sus intereses la estructura social, pero no era todavía hegemónica y responsable del mundo en que vivía. El Estado no estaba en sus manos, sino en las de una monarquía de origen feudal que asentaba su poder absoluto sobre un equilibrio de opuestas fuerzas de clase. Estas condiciones cambian profundamente con la revolución industrial; el rápido desarrollo de esas décadas da a la clase capitalista otra conciencia y otra perspectiva.

Ya es una clase que está en el poder, que dirige el Estado,

y que se pone tareas y problemas que ya no se limitan a sus intereses inmediatos, sino abarcan las necesidades históricas de la sociedad que dirige.

Porque la burguesía de esa época no era sólo una clase dominante, era una clase dirigente. Y por serlo, no podía ya ver sus intereses de manera estrecha y corporativa. Cuando los economistas clásicos hablan de la sociedad, de los intereses generales, ya no se refieren sólo —como era para los de un siglo antes— a los intereses inmediatos de su clase. Por supuesto, siempre se trata de intereses generales interpretados desde el punto de vista de la burguesía: pero ya este punto de vista es bastante amplio —eso es, la posición de la clase es bastante sólida— para que los intereses de las grandes masas sean tomados en cuenta.

Por esto, en la apreciación clásica del problema de la población, no hay tanto una diferente visión de los hechos, cuanto una diferente valoración de ellos.

Por lo que se refiere a los hechos, no hay una diferencia apreciable entre la posición de los últimos mercantilistas y de los fisiócratas y la de los economistas clásicos.

Ya hemos visto que, a mediados del siglo XVIII —y ya antes— el mercantilismo estaba muy lejos de la histeria poblacionista de un siglo antes. La tesis de que el volumen de la población, en una sociedad determinada, con un determinado nivel de vida, dependa del volumen y de la distribución de la renta, era cosa fuera de discusión ya mucho antes de Malthus.

Pero el problema que desde Ricardo y Malthus fue la pesadilla de dos generaciones, no era objeto de preocupación para los mercantilistas.

El aumento de población correspondía a una necesidad inevitable del capitalismo ascendente, hasta que hubo escasez en la oferta de trabajo asalariado; no amenzaba el orden social existente, hasta que el desarrollo de la industria podía absorber fácilmente toda mano de obra "liberada" por la expropiación de los productores y la destrucción de las limitaciones corporativas y de las trabas feudales.

En el pensamiento de los siglos XVI—XVII—XVIII, hasta

las últimas décadas de éste, constituyen un peligro de desorden no los trabajadores de las manufacturas, el naciente proletariado, sino las masas medio desocupadas, que ya no están organizadas en la férrea estructura de la sociedad feudal, en el tradicional orden corporativo, y que todavía no se han podido incorporar plenamente al nuevo modo de producción capitalista.

Los economistas clásicos ven llegar a sus últimas conclusiones este proceso de expropiación, de proletarización, de concentración de los trabajadores, que dos siglos de pensamiento y de acción mercantilista habían preparado al capitalismo triunfante de la revolución industrial.

Por esto, sin que en lo esencial les aparezca diferente que a sus predecesores el mecanismo del aumento de la población, ellos ven con preocupación y a veces con terror un fenómeno que otras épocas habían considerado sumamente deseable.

No todos en la misma medida y en los mismos términos, por supuesto.

Adam Smith está todavía en los umbrales de la Revolución Industrial. Para él, el fenómeno del crecimiento de la población no tiene carácter dramático y es limitado por las posibilidades de la vida de los trabajadores; en esto, como en muchas otras tesis, la posición de Smith, está mucho más cerca de la de los últimos mercantilistas, que a la que será conocida con el nombre de los economistas clásicos. En el caso particular, no hace sino repetir, casi con las mismas palabras, lo que pocos años antes había escrito James Stewart en la obra que es la última y una de más orgánicas de los tratados mercantilistas: sus **Principles of Political Economy**.

De hecho, los años decisivos de la revolución industrial en Inglaterra, intervienen entre la obra de Smith y las de Ricardo y Malthus. Esto explica el extraordinario énfasis que los grandes economistas clásicos darán a este problema.

Porque lo que es importante, en la posición de Malthus —aceptada íntegramente por su gran contemporáneo— es la sensación de la inmediata amenaza de un ilimitado crecimiento de la población para el nivel de vida de los trabajadores y para

el porvenir mismo de la civilización; no las infelices fórmulas con que él trata de demostrar el diferente ritmo de crecimiento de la población y de las subsistencias.

De lo hecho, Th. R. Malthus afirma que la población crecería en una proporción geométrica, mientras las subsistencias sólo podrían crecer —cuando esto es posible— en proporción aritmética; debido al hecho de que un aumento de la población sería causa de un aumento ulterior en cuanto la nueva y aumentada población tendría la misma tendencia al aumento; mientras que un aumento de las subsistencias no tendría el mismo efecto, sino que más bien aparecería pronto la tendencia a rendimientos menos que proporcionales de la tierra.

Es claro que, así como está formulada, esta "ley" es totalmente inconsistente: porque sólo si el aumento de la población no fuera limitado por obstáculos preventivos o represivos, eso es si también las subsistencias aumentaran en la misma proporción (geométrica) la tendencia al aumento de la población podría traducirse en aumento real. Pero decir basándose en estos argumentos, que la teoría malthusiana, o mejor dicho clásica de la población es "equivocada" sólo significa no haber entendido su contenido real y su significación histórica.

De nada sirve "refutar" (gusto que muchos se concedieron) la formulación de Malthus sobre progresiones aritméticas y geométricas, que es elemento secundario de su pensamiento, y más bien parece una ostentación de erudición científica y estadística, muy al gusto del siglo XVIII.

Lo que queda y que es fundamental en la teoría clásica de la población es la tendencia de la humanidad a un crecimiento numérico que, si no fuera contrarrestado por un control preventivo, contrarrestaría todo progreso productivo y toda medida de justicia social, sumiendo a los trabajadores en un miseria siempre más terrible.

Esta tendencia al aumento de población, aumentando la oferta de trabajo, hubiera mantenido ésta siempre excesiva, limitándose el crecimiento de la población sólo por los obstáculos represivos, constituídos por un nivel de vida absolutamente into-

lerable; a lo menos, si los trabajadores no se hubieran decidido a limitar conscientemente su procreación (obstáculo preventivo).

De hecho, según los economistas clásicos, la situación normal del mercado no es la de pleno empleo, contrariamente a la opinión de los neoclásicos, los que, además, no se dieron cuenta de la diferencia, atribuyendo a sus predecesores su propio punto de vista, con lo que contribuyen a aumentar la confusión de las ideas. (1).

En la teoría de la población se basa la teoría clásica de los salarios. Si la población tiende a aumentar hasta el límite en que pueda subsistir al nivel de vida acostumbrado, los salarios serán determinados por la cantidad de moneda que permita mantener este nivel de vida.

Un aumento en la demanda de trabajo no aumentará los salarios, inclusive en los casos en que no haya mano de obra desocupada, desempleo que los clásicos consideraban un hecho normal, porque inducirá a un aumento de la población: eso es, los economistas clásicos consideraban la oferta de mano de obra infinitamente elástica (2).

Por el contrario, los salarios monetarios subirán en el caso en que aumente el precio de las subsistencias.

En base a esta teoría, los salarios reales estaban rígidamente determinados dándose por supuesto el nivel de vida acostumbrados, y sólo hubieran podido elevarse cuando los trabajadores se hubieran acostumbrado a un nivel de vida superior.

“El trabajo, como todas las demás cosas que se compran y venden” escribe Ricardo (3) tiene su precio natural y su precio

(1) Véase: Maurice Dobb.—**Salarios**.—Fondo de Cultura Económica.—México.—Pág. 103-104.

(2) Obra citada.—Pág. 81.

(3)—J. M. Keynes atribuía a la economía clásica la hipótesis de pleno empleo del trabajo. Por el contrario los economistas clásicos consideraban normal la existencia de una masa de desocupados. Véase: Smith: **Riqueza de las Naciones** Ed. Bosch Barcelona 1933 Vol. I—Pgns. 115-116; Ricardo **Princip. de Econ. Polit. y de Tribut.** Ed. Aguilar.—Madrid p. 82-83.

de mercado. El precio natural del trabajo es aquel que es necesario, por término medio, para que los trabajadores subsistan y creen una familia en que se reproduzcan sin aumento ni disminución.

Aquello que hace posible la subsistencia del trabajador y de la familia que sea necesaria para conservar el número de trabajadores no depende de la suma de dinero que necesita como salario, sino de la cantidad de alimentos, artículos de primera necesidad y otras cosas útiles que le sean por costumbre indispensables, que con aquel dinero pueda adquirir. El precio natural del trabajo depende, por lo tanto del precio de los alimentos y artículos necesarios y útiles requeridos para la subsistencia del trabajador y de su familia. El precio natural del trabajo subirá con un alza en el precio de los alimentos y artículos de primera necesidad, y aquel precio natural bajará con un precio de éstos. . . . Esto no se interpretará en el sentido de que el precio natural del trabajo, aun estimado en alimentos y artículos de primera necesidad es absolutamente fijo y constante. En un mismo país varía con los tiempos y difiere grandemente de un país a otro. Depende esencialmente de los usos y costumbres del pueblo. Un trabajador inglés consideraría su salario inferior al tipo natural, y además insuficiente para el sostén de una familia si no le fuera posible con él comprar más alimentos que patatas y tener una vivienda no mejor que una choza de tierra, sin embargo, estas demandas naturales y moderadas son juzgadas con frecuencia suficientes en países donde la vida del hombre es barata y sus necesidades satisfechas fácilmente" (1)

"Las gentes humanitarias no pueden desear más que en todos los países las clases trabajadores se acostubren a las comodidades y satisfacciones y que en sus esfuerzos para procurarles sean estimuladas por todos los medios legales. No hay mejor freno contra un exceso de población". (2).

(1) Obra citada.—Pág. 84-85.

(2) Obra citada.—Pág. 87.

Pero Ricardo no es consecuente con su teoría.

Por una parte habla de un salario de mercado que podría estar por encima o por debajo del salario natural, inclusive por largos períodos. Por ejemplo, cree que si el capital aumenta más rápido que la población, el salario de mercado estará por encima del salario natural. Pero, según la definición que da del salario natural, debería admitirse que un salario de mercado superior (o inferior), cuando se mantiene por largo tiempo crea en los trabajadores la costumbre a un nivel de vida más elevado (o más bajo) eso es se vuelve salario natural.

En sus **Principios de Economía Política**, obra mucho menos conocida que el **Ensayo sobre el Principio de Población**, Thomas Robert Malthus escribe (1).

“Yo definiría el precio natural necesario del trabajo en un país como aquel que, en las circunstancias reales de la sociedad, se precisa para producir una oferta media de trabajadores, suficiente para hacer frente a la demanda efectiva. Y definiría el precio de mercado como el precio real que en él se obtiene y que, debido a dos causas temporales, algunas veces se halla por encima y otras por debajo de lo que se precisa para abastecer esta demanda.

La condición de las clases trabajadoras de la sociedad tiene que depender sin duda, en parte del ritmo a que aumentan los fondos de mantenimiento del trabajo y la demanda de éste, y en parte de las costumbres de la gente respecto a alimentos, vestido y habitación.

Si los hábitos de la gente no sufrieran variación, la posibilidad de casarse a una edad temprana y de mantener una familia numerosa dependería del ritmo de crecimiento de los fondos de mantenimiento de trabajo y de la demanda de éste, y si los fondos no sufrieran variación, las cantidades de que gozaran las cla-

(1)—Th. R. Malthus.—**Principios de Economía Política**.—Fondo de Cultura Económica, México. Pág. 188-189.

ses bajas de la sociedad dependerían de sus costumbres, o de la cantidad de artículos de primera necesidad y útiles que consideraran indispensables para el mantenimiento de su familia”.

De hecho, la teoría clásica de la población refleja muy claramente los intereses de la clase que la expresa. En la situación objetiva de la Inglaterra de fines del siglo XVIII y de la primera mitad del siglo XIX un freno al aumento de la población aparecía la sola alternativa a un rápido derrumbe de la estructura social existente.

Thomas Robert Malthus había escrito su **Ensayo** para refutar esas tendencias de socialismo utópico que expresaban —aunque de manera deformada— la inconformidad y las aspiraciones de las masas populares explotadas y atormentadas por las viejas supervivencias feudales y por el nuevo desarrollo capitalista.

La teoría clásica de la población debía destruir toda aspiración revolucionaria, demostrando que una diferente organización de la sociedad no hubiera podido mejorar de manera estable las condiciones de la mayoría.

Esto no excluye que los economistas clásicos tuvieran que polemizar con amplios sectores de su propia clase sobre este problema. Una extrema abundancia de mano de obra barata, aunque en condiciones que debían preparar una explosión social, no podía desagradar a muchos empresarios capitalistas, que veían la situación de un punto de vista sólo inmediato y corporativo.

La polémica de Ricardo y de Malthus contra estas posiciones expresa la exigencia que su clase se eleve a la conciencia de sus tareas históricas, del rol de clase dirigente que el mundo de la revolución industrial le ponía.

En John Stuart Mill, la polémica malthusiana ya tiene otras finalidades y otras raíces de clase.

Ya no se trata de un representante ideológico de la clase dominante. El propio Marx, aunque polemice continuamente y duramente contra él, destaca esta diferente actitud de clase. “Aunque hombres como J. Stuart Mill merezcan que se les censure por las contradicciones que se advierten entre los viejos dogmas económicos que profesan y las tendencias modernas que abrazan,

sería desde todo punto injusto lanzarlos al montón con toda la corte de economistas vulgares y apologeticos" (1).

John Stuart Mill representa capas pequeñoburgueses subjetivamente progresistas, aunque sumidas a la influencia ideológica capitalista.

Si para Malthus el "principio de la población" debía servir para refutar toda aspiración a un orden nuevo, Stuart Mill declara que el sistema capitalista debería ser condenado en el caso que fuera causa de un excesivo aumento de la población.

"Nos queda por examinar qué probabilidades hay de que se susciten entre las clases trabajadoras opiniones y sentimientos basados en la ley que hace depender los salarios de la población y por qué medios podrían suscitarse. Antes de examinar las razones por las que cabe concebir esperanzas a este respecto, esperanzas que muchas personas, sin duda, estarán dispuestas, sin ningún examen, a calificar de quiméricas haré observar que, a menos que se pueda hallar una respuesta satisfactoria a esas dos cuestiones, el sistema industrial que prevalece en este país, que muchos escritores consideran como el **non plus ultra** de la civilización, puede considerarse irrevocablemente condenado: el sistema que hace depender la totalidad de la clase trabajadora de los salarios del trabajo mercenario. La cuestión que estamos examinando es si la sobrepoblación y la situación degradada de la clase trabajadora son consecuencia de este estado de cosas. Si el sistema de trabajo asalariado es irreconciliable con una prudente regulación de la población, el sistema en cuestión es perjudicial, y el más grandioso objetivo de la ciencia de la gobernación, desde el punto de vista económico, debería consistir (mediante no importa qué medidas concernientes a la propiedad y alteraciones en la forma de aplicar la actividad) en sujetar a la clase trabajadora a la influencia de motivos para esta clase de

(1)—Carlos Marx.—**El Capital**. Tomo I.—Vol. II.—Fondo de Cultura Económica, México Pág. 689.

prudencia más fuertes y más claras que los que puede ofrecer la relación existente entre patronos y obreros" (1).

Stuart Mill rechaza en seguida esta hipótesis, y afirma que el capitalismo es compatible con el control de la población; pero el hecho mismo de haberla formulado, demuestra una actitud de clase muy diferente de la de Malthus, y ligando el "principio de la población" a un elemento de estructura social más que a factores "naturales" plantea un problema de que después de pocos años Marx sacará las necesarias conclusiones.

Stuart Mill declara aceptar la posición de Malthus. En la época de su formación, el dogma malthusiano era un artículo de fé para toda la opinión pública "progresista". Pero subraya de manera bien diferente el elemento del nivel de vida que los trabajadores consideran indispensable, sin lo cual no se reproducirían: lo que abre el camino a la pregunta de cuál estructura social induce a los trabajadores a exigir más dignas condiciones de vida.

Si Malthus pensaba que un aumento de ingreso de los trabajadores hubiera sido inmediatamente neutralizado por un aumento de su número, a no ser que ellos aplicaran medidas de restricción, ya Stuart Mill se da cuenta de que un más alto nivel de conciencia y responsabilidad entre las masas no podría sino ser consecuencia de un más humano nivel de vida. Pero opina que este aumento de ingresos debería ser rápido y decisivo, tanto como para acostumar toda una generación a un nivel de vida superior: en el caso contrario acepta la ya tradicional doctrina malthusiana (2).

"Por consiguiente, a fin de alterar las costumbres de la gente trabajadora, se precisa una doble actuación, dirigida al mismo tiempo a sus inteligencia y a su pobreza. Lo primero que se necesita es una educación nacional efectiva de los hijos de la clase trabajadora, y coincidiendo con ella, una serie de medidas

(1)—John Stuart Mill.—**Principio de Economía Política**.—Fondo de Cultura Económica.—México.—Pág. 338.

(2)—John Stuart Mill, Obra citada.—Págs. 160-161.

que hagan desaparecer (como la revolución lo hizo en Francia) la extrema pobreza durante una generación entera" (1).

Este remedio le parecían ofrecerlo la colonización y la formación de pequeñas propiedades (2).

Al mismo tiempo, no sólo polemiza contra el clero católico por difundir entre las masas opiniones poblacionistas (3) sino acusa a los ricos de hacer propaganda de estas posiciones por precisos intereses de clase: "no les disgusta que el trabajo esté barato" (4).

Igualmente, esperaba que una elevación de la condición de las mujeres hubiera tenido la misma consecuencia (5).

"Me limitaré por ahora a indicar, entre las consecuencias probables de la independencia social y económica de la mujer, una gran disminución del mal de la sobrepoblación.

Consagrando una mitad de la especie humana a la función exclusiva de la procreación, haciendo que ésta llene la vida entera de uno de los sexos y que entre en casi todos los objetivos del otro, se ha fomentado el instinto animal hasta adquirir la preponderancia desproporcionada que hasta hoy ha ejercido en la vida humana" (6).

Parecida en la posición de Bastiat: el autor de las **Harmónies économiques** acepta en principio la teoría malthusiana, defendiéndola de los detractores y observando —lo que hasta entonces parece que nadie había hecho— que ésta se hallaba a lo menos implícitamente ya en el pensamiento económico precedente. Pero no acepta las conclusiones pesimistas de Malthus, confiando en el aumento del nivel de responsabilidad de los hombres. Además, insiste en el hecho de que el aumento de la población, dentro de ciertos límites puede consentir una mejor asociación y

(1)—John Stuart Mill.—Obra citada.—Pág. 339.

(2)—John Stuart Mill.—Obra citada.—Págs. 340-342.

(3)—John Stuart.—Obra citada.—Pág. 324.

(4)—John Stuart.—Obra citada.—336.

(5)—John Stuart.—Obra citada.—Págs. 337-338.

(6)—John Stuart.—Obra citada.—Págs. 650-651.

división del trabajo, y por ende no reducir, sino acrecentar, el ingreso per cápita.

CRITICOS DE LA ECONOMIA CLASICA.

La teoría malthusiana de la población es uno de los fundamentos de la economía clásica, de la que condiciona las conclusiones esenciales. La teoría clásica de los salarios, la teoría clásica de la renta, y por ende, la teoría clásica de las ganancias, suponen la teoría clásica, malthusiana, de la población, y serían totalmente inconsistentes sin este supuesto.

Por esto, cualquier crítica al conjunto del pensamiento clásico, cual que fuera su base de clase y su tendencia ideológica, debía atacar la teoría clásica, malthusiana, de la población y de hecho esta crítica tiene un rol importante en la obra de los opositores de la economía clásica.

En Sismondi, la crítica es todavía limitada y queda en el marco de los supuestos malthusianos.

Sismondi objeta que lo que limita la población, no es el volumen total de las subsistencias, sino el ingreso de las grandes masas, eso es fundamentalmente, el nivel de los salarios y del empleo.

El volumen de las subsistencias disponibles en un país no permite una mayor población, si no es disponible para los trabajadores, cuyos reducidos ingresos no les permiten utilizar estas subsistencias.

Como se ve, la crítica queda en el marco del planteamiento malthusiano. Sismondi está de acuerdo sobre la afirmación —que se criticará por parte del pensamiento económico sucesivo— que la población está limitada, en lo fundamental, por sus posibilidades de vida. Aún más, la objeción de Sismondi es ya implícita en Malthus, quien, si bien habla de "subsistencias" en general, de hecho se refiere a las subsistencias efectivamente disponibles para las masas trabajadores, como demuestran, por ejemplo, sus posiciones acerca de los salarios y de las leyes de pobres.

Una crítica más decidida en las conclusiones clásicas sobre la población aparece en la obra de List y Carey.

A mediados del siglo XIX, el nacionalismo económico de List y Carey, expresa las aspiraciones de la burguesía de países poco industrializados (Alemania, Estados Unidos) frente a la competencia inglesa y, en el caso de Alemania, también frente a los residuos feudales interiores.

Se entiende fácilmente que la perspectiva de una rápida industrialización —y, en Estados Unidos, la escasa densidad de la población, la existencia de inmensos territorios despoblados— hicieron parecer absurdas las preocupaciones malthusianas, producto de un ambiente muy diferente.

Según List "cayó Malthus en el error de querer restringir el crecimiento de la población. . . porque mirando exclusivamente el estado actual, de tal o cual nación pierde de vista el estado del mundo y los progresos futuros del género humano. No es cierto que la población crezca con más rapidez que la producción de subsistencias; al menos sería insensato admitir esta desproporción y tratar de establecerla por medio de sofismas y penosos cálculos, mientras el globo ofrezca una cantidad inmensa de fuerzas sin empleo, bastantes para alimentar diez y acaso cien veces más hombres de los que existen hoy día" (1).

De hecho, List entiende y denuncia las raíces históricas de la teoría malthusiana, que refleja la situación de la Inglaterra aislada y sitiada de la época del bloqueo continental, pero no la refuta de manera lógica: se limita a insistir sobre las grandes posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas: aplicación de la química a la agricultura; riego etc. Pero la teoría de Malthus no es lógicamente incompatible con estas perspectivas —aunque de hecho las perspectivas de Malthus sobre el porvenir eran mucho menos optimistas. La teoría malthusiana no supone ni siquiera— aunque, a lo menos implícitamente, Malthus y los economistas clásicos la introdujeron como argumento **a fortiori**—la ley de los rendimientos decrecientes: la afamada progresión aritmética significa rendimientos constantes. List no refuta

(1)—Friedrich List. **Sistema nacional de economía política**. Aguilar, Madrid 1944 Pág. 119-120.

la proposición malthusiana que la población tiene que crecer más rápidamente que las subsistencias.

No expone ni siquiera una teoría de la población, no nos dice cuales causas determinan el crecimiento de la población. En cambio, declama con indignación contra la teoría malthusiana.

“Si la teoría de Malthus nos parece estrecha en su tendencia, en sus medios se muestra contraria a la Naturaleza, destructora de la moral, horrible, en fin. Quiere destruir un móvil que la naturaleza emplea para estimular a los hombres a los esfuerzos del cuerpo y del espíritu, para despertar y sostener sus más nobles sentimientos, un móvil al que el género humano debe la mayor parte de sus progresos. Erige en ley el egoísmo más seco y pide que cerremos nuestro corazón a los que tienen hambre, porque dándoles de comer y de beber, seríamos causa de que quizá dentro de treinta años otro estuviera hambriento. Pone el cálculo en el lugar de la piedad. Tal doctrina cambiaría en piedras los corazones de los hombres, y ¿qué esperar de un pueblo en que los ciudadanos llevasen en el pecho piedras en lugar de corazones, sino la ruina completa de la moral y de las fuerzas productivas, y como consecuencias, de toda la riqueza, de toda la civilización, de toda la potencia del país?”.

“Si la población sobrepasa la producción de subsistencias de una nación, si los capitales acaban por acumularse de un tal modo que no encuentran ya empleo en el país, si las máquinas dejan sin trabajar a una multitud de hombres, si en fin, los productos fabricados abarrotan los almacenes, esto es una prueba de que la Naturaleza no ha querido que la industria, la civilización, la riqueza y el poder fuesen patrimonio exclusivo de un solo pueblo, mientras que una porción considerable de tierras, susceptibles de cultivo no están habitadas más que por animales salvajes y la mayor parte de la especie humana está hundida en la barbarie, en la ignorancia y en la miseria (1).

(1)—Obra citada, Pág. 120.

En los mismos años, y bajo la influencia del mismo ambiente, el norteamericano Henry Charles Carey exponía, aunque de manera menos consistente, una teoría análoga, por bases de clase y conclusiones políticas, a la de List.

También Carey ataca la teoría malthusiana de la población.

En primer lugar, esta teoría le parece equivocada porque se opondría a la idea de la bondad divina. Un Dios bueno sería inconsecuente consigo mismo, si pusiera al hombre en las condiciones descritas en el **Ensayo** malthusiano.

Además de Dios, Carey recurre también al ácido carbónico. Poniéndose en cultivo las tierras se destruye un gran número de animales salvajes, y así disminuye la producción de ácido carbónico, que resulta de la respiración de los animales y es utilizado por las plantas. Para mantener el equilibrio de la Naturaleza y proporcionar el ácido carbónico necesario al mundo vegetal, es necesario que la población aumente.

Este argumento es claramente inconsistente: no parece que la cantidad de ácido carbónico producido por el hombre y los animales, tenga mayor influencia sobre la vegetación, y desde luego, probablemente la colonización es causa de un aumento de la cría de ganado que neutraliza y mucho más, la destrucción de la fauna salvaje.

Otro argumento de H. C. Carey es que los vegetales y animales, que proporcionan el alimento de la humanidad, se reproducen mucho más rápidamente que el hombre, en proporción mucho mayor que la proporción geométrica de la reproducción humana.

Este argumento, como es claro, refleja la situación de la América de entonces: inmensas extensiones de tierra fácilmente cultivable que se abrían a la colonización. Pero no era válido para otros países, y ni siquiera para el mundo en su conjunto, como lo hizo notar J. S. Mill. El elemento que limita la disponibilidad de subsistencias no es la posibilidad de crecimiento de los vegetales y animales, sino la disponibilidad de tierras donde cultivarlos o criarlos.

Otro argumento de Carey sobre este objeto, por el contrario parece más verosímil: el desarrollo de la actividad intelectual reduciría la actividad sexual del hombre. Pero, aunque esta proposición, que hasta ahora queda al estado de hipótesis, fuera comprobada, hay que tener en cuenta que una actividad sexual muy reducida sería suficiente en ausencia de medidas de limitación de los nacimientos, a permitir el más rápido aumento de la población.

M A R X

La obra de Marx constituye la crítica y al mismo tiempo la más lógica conclusión de la economía clásica. Es conocida la base ricardiana de las fundamentales posiciones marxistas.

Pero lo que para la economía clásica era el cuadro inmutable del sistema, la estructura social que ellos consideraban dada y fuera de discusión, esto es para Marx producto histórico, que en su mismo mecanismo produce necesariamente las fuerzas destinadas a destruirlo.

Lo que a los economistas clásicos parecía resultado "natural" de leyes inmutables, es para Marx efecto de una determinada estructura social. Ya no hay leyes económicas eternas, naturales, fuera de la historia: cada estructura social, cada modo de producción tiene sus leyes económicas connaturales a ella.

Así Marx rechaza también la pretendida ley "natural" de la población, que era una de las bases universalmente aceptadas de la economía clásica.

La rechaza con decisión y con indignación, poniendo despiadadamente al desnudo sus raíces de clase.

Refiriéndose al celebrado **Ensayo** malthusiano, habla de él con el más abierto desprecio:

"En su primera forma esta obrilla no era más que un plagio superficial y curescamente declamatoria de Sir James Steart, de Foe, Townsend, Franklin, Wallace y otros, **sin una sola línea original.**

El gran ruido que armó este panfleto se debió exclusiva-

mente a los intereses particulares. La revolución francesa había encontrado fervientes defensores en el Reino Británico: el "principio de la población" que había ido gestándose lentamente a lo largo del siglo XVIII y que luego en medio de una gran crisis social, se proclamaba con trompetas y tambores como contraveneno frente a las doctrinas de Condorcet y otros, fué jubilosamente saludado por la oligarquía inglesa como el gran exterminador de todos los apetitos de perpetuación humana" (1).

La población, según Marx, no aumenta por efecto de una mejora de su nivel de vida.

"De hecho, no sólo la masa de los nacimientos y defunciones, sino también la magnitud numérica de las familias se halla en razón inversa a la cuestión del salario, es decir, de la masa de medios de vida de que disponen las diversas categorías de obreros. Esta ley de la sociedad capitalista sonaría a disparatado entre salvajes, e incluso entre los habitantes civilizados de las colonias. Es una ley que recuerda la reproducción en masa de especies animales individualmente débiles y perseguidas" (2).

Para Marx como para los clásicos, hay indudablemente un "exceso" de población, en el sentido que no hay una situación normal de pleno empleo. Pero se trata de una "superpoblación relativa" no absoluta: efecto de la estructura social, producto periódico del sistema capitalista, y no de una ley "natural".

Es resultado, no de un excesivo aumento de la población, eso es de la oferta de trabajo, sino de la disminución de su demanda, debido a la modificación de la composición orgánica del capital, eso es de la disminución relativa del capital variable destinado al pago de salarios.

El incremento de capital, de hecho, lleva consigo el incremento de su parte variable invertida en fuerza de trabajo. Así,

(1)—Carlos Marx.—**El Capital**.—F. de Cultura Económica.—México, Tomo I, Vol. II. Pág. 695.

(2) Obra citada.—Pág. 726.

si la composición orgánica del capital fuera fija, toda acumulación de capital acrecentaría la demanda de trabajo y permitiría la absorción de un aumento de población de igual proporción.

Esta había sido la posición ricardiana, hasta cuando había mantenido la suposición de una composición orgánica en la que introdujo el famoso capítulo **De las máquinas**.

De hecho, declara Marx, hasta que la composición orgánica del capital se mantuvo fija (eso es, hasta la revolución industrial) por efecto de la continua acumulación de capital "la demanda de obreros puede preponderar sobre su oferta, haciendo con ello subir los salarios. Más aún: cuando los supuestos anteriores se mantengan invariables durante cierto tiempo, los salarios tienen necesariamente que subir. En estas circunstancias, como todos los años entran a trabajar más obreros que el año anterior, llega forzosamente, más tarde o más temprano, un momento en que las necesidades de la acumulación comienzan a exceder de la oferta normal de trabajo y en que, por tanto, los salarios suben. En Inglaterra se oyen quejas acerca de esto durante la primera mitad del siglo XVIII (1)".

Este proceso puede continuar, y entonces el salario seguirá subiendo. Pero es también posible que el aumento del salario haga disminuir la acumulación, lo que a su vez haría disminuir los salarios, destruyendo la causa de la disminución de acumulación (2). Esto hasta que quede fija la composición orgánica del capital.

Pero la composición orgánica tiende a cambiar, a la vez como efecto y como condición del aumento de la productividad del trabajo. Por una parte, aumentando la productividad del trabajo (por ejemplo por una mejor división del trabajo) el mismo número de obreros, en el mismo tiempo, podrían elaborar una mayor cantidad de materia prima y como su salario no cambia,

(1) Obra citada.—Pág. 692.

(2) Obra citada.—Pág. 698-699.

la proporción del capital dedicado al pago de la fuerza de trabajo (capital variable) en el capital total bajará.

Por otra parte, el aumento de la maquinaria, que aumenta la proporción del capital constante, acrecenta la productividad del trabajo.

Estos cambios producen un "exceso" de fuerza trabajo, eso es una sobrepoblación relativa.

La cantidad de fuerza de trabajo que era apenas suficiente en una composición orgánica del capital más baja, se vuelve excesiva al aumentar la proporción del capital constante.

Este exceso relativo de población obrera constituye el "ejército industrial de reserva" que "brinda el material humano dispuesto siempre para ser explotado a medida que lo reclamen sus necesidades variables de explotación e independiente, además, de los límites que pueda oponer el aumento real de población" (1).

Al mismo tiempo, el aumento de la productividad del trabajo, permitiendo obtener de menos obreros la misma cantidad de trabajo, contribuye a disminuir la demanda de trabajo.

En la sociedad capitalista, el rol fundamental del ejército industrial de reserva es de ejercer una presión continua sobre los trabajadores ocupados, obligándoles a aceptar las peores condiciones, porque, si se negaran a aceptarlas, serían substituídos por los parados.

A su vez esta mayor explotación de los trabajadores ocupados aumenta el desempleo.

En particular, el ejército industrial de reserva aumenta en la fase descendiente del ciclo económico.

"A grandes rasgos, el movimiento **general** de los salarios se regula exclusivamente por las **expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva, que corresponden a las alternativas periódicas del ciclo industrial.** No obedece por tanto a las oscilaciones de la cifra absoluta de la población obrera, sino a la proporción oscilante en que la clase obrera se divide en ejército activo y ejército de reserva, al crecimiento y descenso del

(1) Obra citada.—Pág. 714.

volumen relativo de la superpoblación, al grado en que ésta es absorbida o nuevamente desmovilizada" (1).

Pocos años después de la publicación de **El Capital** apareció otra obra de crítica social, que, en la época, despertó casi otro tanto interés: **Progress and Poverty** del norteamericano Henry George. En general, se considera su teoría como socialista, pero no lo es en el sentido que ha llegado a tener este adjetivo, después de la difusión del socialismo marxista.

De hecho, la posición de George no es anticapitalista, por el contrario, él se declara abiertamente favorable a la propiedad privada, con exclusión de la de la tierra. Su socialismo no radica en la lucha de la clase obrera, y ni tampoco se parece al socialismo pequeño burgués —fundamentalmente anticapitalista— por ejemplo de un Proudhon.

Para Henry George, la fundamental contraposición de clase no es entre trabajadores por el un lado, y capitalistas por el otro; sino entre trabajadores y capitalistas unidos, de un lado, y terratenientes del otro.

Su pensamiento refleja la sociedad norteamericana de su tiempo: la Frontera de esos años de conquista, en que no hay una clase permanente de asalariados, donde el inmigrante que avanza hacia el Oeste, viniendo de las ciudades del Este o de los viejos países de Europa, es al mismo tiempo trabajador y capitalista en potencia; una pequeña burguesía de pioneros que se opone a los intereses de las grandes compañías (por ejemplo de ferrocarriles) monopolizadoras de la tierra, a los residuos feudales en las grandes propiedades del sur, pero que no se enfrenta a una clase capitalista como el asalariado de las viejas naciones.

En esta pequeña burguesía, semillero del gran desarrollo capitalista de los Estados Unidos, no podían arraigar las aspiraciones del socialismo proletario, ni los sueños de renovación de una pequeña burguesía como la Europea, que ya no podía cambiar su situación dentro del orden existente. Este ambiente, esta clase expresan la teoría de Henry Gorge, que representa la aspira-

(1)—Obra citada.— Págs. 718-719.

ción de un desarrollo capitalista consecuente y sin trabas, y que para algo empuña las armas teóricas que para la misma lucha —aunque en condiciones objetivas muy diferentes— había forjado ya casi un siglo antes, David Ricardo, representante teórico de la burguesía inglesa.

Es claro que en este ambiente no pudo ser aceptada la teoría malthusiana de la población. George pone al desnudo las raíces de clase de esta teoría declarando:

“La causa principal del triunfo de esta teoría es que en vez de aminorar algún derecho adquirido o combatir algún interés poderoso, es eminentemente lisonjera y tranquilizadora para las clases que, manejando el poder de la riqueza, dominan en gran parte el pensamiento. Y cuando las columnas del pasado iban a derrumbarse vino a preservar los privilegios especiales que permiten a unos pocos monopolizar tantas cosas buenas de este mundo, proclamando una causa natural de la escasez y la miseria, que, si se hubiese atribuido a instituciones políticas, debía condenar a todo gobierno, bajo el cual existieran. **El Ensayo sobre la Población** fue a toda evidencia una réplica a la **Investigación referente a la justicia política**, de Guillermo Godwin: una obra que defendía el principio de la igualdad humana, y su objeto era justificar la desigualdad existente, apartando de las instituciones humanas la responsabilidad, atribuyéndola a las leyes del Creador” (1)

George declara que ningún ejemplo histórico confirma la pretendida ley malthusiana. Los países en que las masas populares viven en la más espantosa pobreza como la India o Irlanda, no están en estas condiciones por efecto de un exceso de población —como han afirmado a menudo los economistas clásicos— sino por la despiadada explotación a la que están sumidos por sus dominadores. (2)

Por el contrario, el hombre se reproduce menos rápidamen-

(1)—Obra citada.—Págs. 118-130.

(2)—Obra citada.—Pág. 130.

te que las especies vegetales y animales de que se alimenta, argumento que ya había sido desarrollado por H. C. Carey, y además su acción favorece el desarrollo de ellas.

“Las condiciones que limitan la existencia de aquellas especies que le proporcionan subsistencia, el hombre les puede extender (en algunos casos su mera presencia las extiende) y de este modo las fuerzas reproductivas de las especies que suplen a sus necesidades en vez de destruirse contra su primer límite, se elevan en servicio suyo a un paso con que sus facultades de crecimiento no pueden rivalizar. Con solo matar halcones las aves alimenticias aumentan: basta hacer caer zorras en la trampa y los conejos del bosque se multiplican; la sumisa abeja sigue al hombre en el desierto y de la materia orgánica con que la presencia del hombre llena los ríos se alimentan los peces” (1).

“De todos los seres vivientes, el hombre es el único que puede favorecer las fuerzas reproductivas que le proporcionan alimento más eficazmente que las suyas propias, la bestia, el insecto, el pájaro y el pez, comen únicamente lo que encuentran. Su incremento se realiza a expensas de su alimento, y cuando alcanzan el límite de éste, no puede aumentar su número si no se extiende antes dicho límite. Pero el hombre difiere de todos los demás seres vivientes en que su incremento lleva consigo mayor alimento. Si los hombres se han multiplicado no es a causa de un aumento en los medios de subsistencia, sino que la mayor población ha producido la abundancia de alimento. Hay más alimento simplemente porque hay más hombres”. (2).

George insiste sobre el hecho que el progreso induce a un menor aumento de la población, por aumentar las necesidades del hombre y subraya que las clases más acomodadas tienen menor propensión a reproducirse (3).

(1)—Obra citada.—Pág. 131.

(2)—Obra citada.—Pág. 132.

(3)—Obra citada.—Págs. 134-139.

En realidad este argumento no es incompatible con la teoría malthusiana y más bien constituye una aplicación de ella: significa que el adelanto de la humanidad causa una disposición de la "restricción moral" porque abogaba Malthus.

George atacó también "otra idea que proporciona gran apoyo a la teoría de Malthus: la decreciente aptitud productiva de la tierra" (1).

De hecho, es verdad que, si la ley malthusiana de la población es lógicamente independiente de su supuesto de decreciente productividad de la tierra, y por el contrario su afamada "progresión aritmética" supone una productividad constante, indudablemente la teoría de la productividad decreciente de la tierra había agudizado, en la opinión de los economistas clásicos, las consecuencias del principio de población.

Pero George no refuta la teoría de la productividad decreciente de la tierra, por el contrario, refuta una pretendida teoría de la productividad decreciente en el conjunto de la producción, que parece atribuir a los clásicos y que ellos implícitamente aceptan, por el hecho de insistir en la productividad decreciente de la tierra, mientras consideran en general constante la productividad de las industrias. Niega "que la dificultad de obtener subsistencia crece con el aumento de la población" (2) afirmando que la facultad de producir riqueza en cualquier forma equivale a la facultad de producir alimento (3).

Es evidente en esta posición la influencia de situaciones muy diferentes. Para Malthus y Ricardo, en la Inglaterra sobrepoblada, aislada y sitiada de las guerras napoleónicas, el factor limitante de la producción de alimento era la tierra: entonces hubiera sido absurdo decir que la facultad de producir riqueza en general se identifica con la facultad de producir alimento. Para George,

(1)—Obra citada.—Pág. 133.

(2)—Obra citada.—Pág. 133.

(3)—Obra citada.—Pág. 146.

en la América ilimitada de los años de la conquista del Oeste, el factor limitante era el trabajo y en esa condición su supuesto aparece correcto.

Una vez planteado así el problema, concluye que con el aumento de la población el poder de producir riqueza no disminuye, sino aumenta, y lo demuestra con el ejemplo de los Estados Unidos. (1).

También en este caso, su afirmación sale de las condiciones objetivas del país y de la época en que actúa.

George admite que con el aumento de la población será necesario cultivar terrenos menos fértiles, pero cree que la mayor productividad debida a la división del trabajo y a las economías de la producción en gran escala, puedan contrarrestar esta productividad decreciente inclusive en la agricultura. Aun cuando una población creciente reduce el poder del factor natural de la riqueza, por la necesidad de recurrir a tierras más pobres, etc., aumenta en tan alto grado el poder del factor humano, que lo compensa con exceso. Veinte hombres, trabajando juntos donde la naturaleza es ingrata, producen más de veinte veces la riqueza que un hombre puede producir donde la naturaleza es mas liberal.

LOS NEOCLASICOS

La economía neoclásica aceptó, más o menos explícitamente, el dogma malthusiano, en general através de las formulaciones de Stuart Mill, eso es insistiendo más sobre el elemento de la costumbre a un determinado nivel de vida.

Pero esta posición ya no tiene el aspecto dramático con que le vieron los economistas clásicos, desde Ricardo y Malthus hasta Stuart Mill.

Los mercados son abiertos. En Inglaterra han caído las leyes sobre los cereales. Los inmensos llanos de Norteamérica que se po-

(1)—Obra citada.—Pág. 142.

nen en cultivo, proporcionan trigo barato a los países industriales de Europa, y el rápido progreso de los medios de transporte permite su importación barata a través de los continentes y de los océanos.

Marshall declara explícitamente que para Inglaterra hasta que no haya restricciones a la importación de víveres y no se hayan cultivado todas las tierras cultivables de los países exportadores, el volumen de la población no tiene influencia en el nivel de vida de los trabajadores. (1).

Pero para el mundo en su conjunto cree necesario un freno al crecimiento de la población. (2)

Como se ve, la posición de Marshall sobre los salarios en relación con la población, no es consecuente con sus premisas. Marshall no tomó en cuenta la influencia de la oferta de trabajo sobre los salarios y se limita a considerar la influencia sobre los salarios reales de la demanda de alimentos. Por el contrario, según su sistema en que se considera ascendente la curva de oferta del trabajo (dado el volumen de la población) y descendiente la curva de demanda del mismo, a una población menor debiera corresponder —siendo iguales las otras condiciones— un nivel de salarios más elevado.

(1)—Alfred Marshall.—*Principles of Economics*.. Macmillan.—London 1949.—Pág. 756

(2)—Obra citada.—Págs. 149-50.